

ro, no puede haber un hombre mas infeliz en el mundo, y que merezca menos compasion que un jugador que ha ganado mucho, y que se halla en la miseria. Abandonado de sus compañeros, entregado á sus tristes y dolorosas reflexiones, y recordando sin cesar el tiempo de sus abundancias, no encuentra consuelo alguno ni en la virtud misma que es el refugio de los hombres de bien, por no haberla conocido jamas, y se entrega todo á la desesperacion. Si este retrato pareciere exagerado, no hay mas que confrontarlo con los originales, que no dexa de haber en abundancia.

*Se concluirá.*

**FABULA.**

*Traducida de Lafontaine.*

**EL PLEYTO.**

A la orilla de la mar  
estaban dos Peregrinos,  
con el hambre mas canina  
que mortales han tenido.

Uno de ellos vió una ostra,  
y al punto cogerla quiso,  
pero su buen camarada  
se mostró mucho mas vivo.

Armaron una disputa  
en tono mas que atrevido,  
sobre á quién pertenecia  
el encontrado marisco.

Cada uno para sí  
le queria, y de los dichos  
ya pasaban á las obras:  
mas por fortuna á aquel sitio

Un caminante se acerca;  
les separa, y del litigio  
enterado, les promete  
decidir en recto juicio.

Se convinieron y entregaron  
la ostra al Jurisperito;  
éste la toma, y en vez  
de cumplir lo prometido,

Cómela, y á cada uno  
dando una concha, les dixo:  
ya ven ustedes, Señores,  
que soy muy equitativo;

Pues sepan por cosa cierta,  
y vivan muy persuadidos,  
que como yo son los mas  
de los jueces de este siglo.

Es de notar que este caso  
sucedió en el siglo quinto,  
en un pais muy distante,  
de cuyo nombre me olvido.

Y que ya lugar no tiene  
su máxima, pues es fixo  
que hoy los jueces son tan rectos  
como puros y benignos.

K. N.

